
THE MEGAN WADE SUGAR PROMISE
Es dulce, jugosa y prohibida...
CIRUELA DE AZÚCAR
MEGAN WADE

CIRUELA DE AZÚCAR

Curvas Dulces 4

MEGAN WADE

Derechos de autor © 2019 por Megan Wade

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña de libro.

Creado con Vellum

Creado con Vellum

ÍNDICE

1. Emma
2. Lincoln
3. Emma
4. Lincoln
5. Emma
6. Lincoln
7. Emma
8. Lincoln
9. Emma
10. Lincoln
11. Emma
12. Lincoln
13. Emma
14. Lincoln
15. Emma
16. Lincoln
17. Emma

Epílogo 1

Epílogo 2

Otras Obras de Megan Wade

Ponte en contacto con Megan Wade

EMMA

—Llegó la temporada —canto mientras echo azúcar en una taza humeante de café, extra fuerte, extra caliente y extra dulce. Justo como le gusta al Sr. Maverick. También lo toma negro. Me gusta pensar que combina con el color de su corazón. El hombre es un infierno para trabajar. Antes de mí, cambiaba de asistente cada mes. Hay una apuesta en la oficina sobre cuánto tiempo creen que voy a durar. Hice una apuesta secreta de que llegaría a los seis meses; actualmente voy por cuatro. Y tengo que decirles, es una lucha. Soy perpetuamente optimista, pero conforme han pasado los meses, incluso a mí me cuesta mantenerme animada. Pero tengo mis métodos. Por ejemplo, ahora mismo estoy chupando la cuchara con la que voy a remover su café.

¿Disfruta un poco de saliva con su café, Sr. Maverick?

Puede parecer mezquino, pero son las pequeñas cosas las que me ayudan a sobrellevar el día. Después de todo, tengo mucho dinero en juego. Esa apuesta ya va por cinco mil dólares.

Tarareo el resto de la melodía mientras remuevo el café, luego coloco la taza de porcelana sobre un platillo y pongo una pequeña ciruela de azúcar al lado como un detalle. El Sr. Maverick no suele aceptar golosinas, pero es Nochebuena y las hice yo misma —ni siquiera tienen saliva— y todos en la oficina han estado hablando maravillas de ellas todo el día. Así que, ¿cómo puede resistirse? No puede. Lincoln Maverick puede ser un gruñón adicto al trabajo, pero como su asistente personal, sé que tiene un serio y secreto gusto por lo dulce. El hombre tiene un cajón lleno de barras de chocolate en su escritorio. Pero que eso no te engañe. Parece un modelo de fitness. En realidad, mejor que un modelo de fitness. Es alto, ancho y musculoso, con un rostro que haría llorar al ángel en la punta del árbol de Navidad por su belleza. En las raras ocasiones en que lo he visto sonreír, me ha hecho temblar las rodillas. Por lo que puedo decir, está completamente soltero. No es sorprendente, ya que todo lo que hace es trabajar, ladrar órdenes y llamarme con expectativas irrazonables. Juro que no he tenido un momento de tranquilidad desde que empecé a trabajar para Maverick Publishing.

He empezado a dormir vestida porque cierro los ojos y luego recibo una llamada telefónica diciéndome que necesita una camisa blanca nueva porque derramó algo en la suya y me veo obligada a ir a su apartamento, conseguir una camisa y corbata nuevas y luego correr a la oficina donde él siempre, *siempre* está sentado detrás de ese escritorio. Una vez, tuve que conducir dos horas para recoger a su madre y llevarla con él para una cena de cumpleaños especial que yo organicé. Mientras ellos comían una cena gourmet, yo me senté en mi coche comiendo una barra de Snickers que compré en la gasolinera. Estoy completamente a su disposición. Me mantiene tan ocupada que corro el riesgo de perder las curvas por las que son conocidas las mujeres de mi familia. Cuando mi abuela me vea en nuestra cena anual de Nochebuena esta noche, va a llenar mi plato tan alto que estaré comiendo hasta el próximo miércoles. No puedo esperar.

El zumbido del teléfono móvil que me obliga a llevar conmigo en todo momento me saca de mi momentánea ensoñación. *¿Y ahora qué?*

LINCOLN

¿Dónde demonios está? La envié por café hace tres minutos y normalmente le toma dos minutos y cuarenta y cinco segundos traérmelo. Está arrastrando los pies y no lo soporto. No puedo soportar no saber dónde está y qué está haciendo. Es como una obsesión que no puedo sacudirme. Emma Rose puede ser mi asistente y, por lo tanto, estar fuera de límites, pero desde el momento en que ese trasero curvilíneo suyo entró balanceándose en mi oficina, fue mía y de nadie más.

—¿Me llamó? —Su voz entrecortada anuncia su llegada, así que dejo el teléfono, lanzándole una mirada superficial mientras absorbo cada impresionante detalle. Lleva un festivo vestido rojo que se ajusta a sus curvas como un guante a la mano. El contorno de sus enormes pechos empuja el escote, subiendo y bajando hipnóticamente con su respiración. Su pequeña cintura hace que la tela se arrugue ligeramente y luego se estire de nuevo sobre sus hermosamente abundantes caderas y muslos bien formados. Mis dedos hormiguean ante la idea de agarrar esas caderas, hundir mis dedos en su suave carne y tomar uno de esos preciosos senos en mi boca. Y ahora tengo una erección. *Jesús, ¿qué estoy haciendo?*

—Ponlo en mi escritorio —ordeno bruscamente, apartando la mirada antes de que se dé cuenta de lo que pienso cada vez que la miro: *esos labios carnosos alrededor de mi miembro, ese sedoso cabello castaño envuelto en mi mano.* La tendría de rodillas cada mañana si hacerlo no me costara la empresa que ha estado en mi familia durante generaciones. Estos últimos cuatro meses han sido un ejercicio de autocontrol. Mi mano nunca había visto tanta acción; me he dejado la piel en carne viva pensando en ella, pero nunca trae alivio. *Necesito* lo real. *No puedo tener* lo real. Me estoy volviendo loco. Pero al final del día, la empresa es lo primero.

No es que la empresa importe si no publico un best-seller en los próximos meses. Con la forma en que ha cambiado la industria editorial en los últimos años, nuestros costos operativos son más altos que nuestras ganancias. Tomamos riesgos y pagamos demasiados anticipos grandes que no se recuperaron. Juro que los capítulos de muestra de algunos autores son la única parte buena de un libro.

Tal vez he perdido mi instinto asesino.

Tal vez no soy la cima del tótem como pensaba.

Si las cosas no mejoran, seré el último Maverick en sentarse a la cabecera de la mesa en la sala de juntas de Maverick Publishing. Juro que puedo oír a mi abuelo revolviéndose en su tumba cada vez que retiro dinero de mi cuenta personal para reforzar las cuentas de la empresa. Algo tiene que ceder. Algo tiene que cambiar. Pero ¿qué?

—Aquí tiene, señor —dice Emma, con una voz tan suave y dulce que tengo que luchar contra un gemido cuando el sonido llega a mis oídos. *Tal vez solo necesito acostarme con alguien...*

Mis dedos se clavan en los reposabrazos de mi silla mientras lucho por contenerme, haciendo que el cuero y la madera crujan bajo la fuerza de mi agarre.

—¿Está todo bien? —pregunta Emma, girando la taza para que el asa quede frente a mí.

—Está bien —gruño, haciéndole un gesto para que se vaya—. Vaya a asegurarse de que mi cita de las diez esté en camino.

—Por supuesto. —Hace una pequeña reverencia que es completamente adorable y totalmente innecesaria, pero es algo que hace cada vez que doy una orden.

—Espere —digo antes de que se dé la vuelta—. ¿Qué demonios es esto? —Extiendo un dedo índice hacia una bola cubierta de coco que está en el plato debajo de mi taza.

—Es una ciruela de azúcar. —Cada sílaba se vuelve más aguda mientras habla, terminando con una amplia sonrisa—. Es la temporada, señor.

Frunzo el ceño. —¿Qué?

—Para estar alegre. Ya sabe, Navidad.

Mi ceño se frunce aún más. —¿No es la semana que viene?

Se ríe y suena como una campana. —Es *mañana*. También está en su agenda. Todo el día está bloqueado y tiene un coche que llegará a las seis para llevarlo a casa de su madre.

Mierda. He estado tan estresado por nuestros resultados financieros que perdí la noción de la fecha. —¿Qué le compré?

—Una hermosa bufanda de seda. Le encantará.

Otra razón por la que no puedo reclamar a esta belleza: es la mejor maldita asistente que he tenido jamás. Aprende rápido, anticipa y va más allá. La *necesito aquí*. Conmigo. Por mucho que quiera follar con ella y hacerla una constante en cada parte de mi vida, es en esta oficina donde más la necesito. Es literalmente mi roca y mi fuerza. Ella me gobierna.

Simplemente no lo sabe.

EMMA

—Está bien —dice, apenas mirándome a los ojos mientras asiente y luego fija su atención en la pantalla de su ordenador. *Un gracias no estaría mal.*

—Iré a asegurarme de que su cita de las diez viene —digo, señalando con el pulgar por encima de mi hombro mientras él levanta su taza y da un sorbo. Emite un murmullo —la única señal de aprecio que recibo alguna vez— y sonrío porque está bebiendo café removido con saliva.

—Y llévate esta cosa de bola de ron. *¿Qué?*

—Es una Ciruela de Azúcar.

—Llévatela.

—¿Ni siquiera la va a probar?

—No como azúcar.

—Pero...

—Llévatela. —Levanta la mirada y sus ojos azul zafiro se encuentran con los míos, provocando una sacudida indeseada en mi vientre. ¿Por qué tiene que ser tan guapo y a la vez tan mezquino? Si tan solo me diera algo, un momento de amabilidad, un segundo de gratitud, probablemente podría soportar este trabajo indefinidamente. Trabajaría las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana por su elogio, su sonrisa, su *toque*.

Lo anhelo.

Y me siento estúpida porque estoy bastante segura de que también lo odio. Pero si alguna vez me empujara contra esa puerta cerrada de la oficina, no puedo imaginar que diría que no. Es el sexo personificado. Y ya sabes lo que dicen sobre el sexo por odio...

Respirando profundamente, me dirijo pisando fuerte hacia su escritorio y recojo la Ciruela de Azúcar, sosteniéndola entre mis dedos. —Se lo pierde —digo mientras me la meto en la boca y salgo de allí contoneándome, tratando de no ahogarme con el trocito de coco que inhalé hasta que llego a mi escritorio.

No come azúcar.

Pongo los ojos en blanco mientras me siento en mi escritorio y bebo un poco de agua. ¿Cuán estúpida cree que soy? Ese cajón de dulces suyo no se rellena mágicamente. Claro, soy yo quien se come la mitad cuando él no está mirando, pero tendría que estar en completa negación de su propia adicción al azúcar para pensar que no lo sé. Es decir, ¿cómo llama a las cuatro cucharadas de azúcar blanca que le pongo en su café varias veces al día? Dios mío, es tan exasperante.

¿Por qué me importa siquiera?

Encojo los hombros para liberar la tensión, tomo mi teléfono y marco para confirmar su cita de las diez. Es una mujer llamada Sandra Lawson. Nunca se ha reunido con ella antes, así que

tengo curiosidad por saber por qué está tan ansioso por su llegada. La busqué en Google, pensando que tal vez era una autora que estaba desesperado por fichar para nuestra editorial. Pero no pude encontrar nada definitivo. Demasiadas Sandra Lawson para reducir la búsqueda.

—¿Señora Lawson? —pregunto cuando contesta al segundo timbre.

—¿Quién pregunta? —Su voz ronca me hace sentir como una colegiala traviesa en la oficina del director.

—Soy Emma Rose de Maverick Publishing. Llamo para confirmar su cita de las diez con el señor Maverick hoy.

—Estaré allí —dice y luego cuelga. Directamente en mi oído.

Miro fijamente el auricular en mi mano. —Bueno, váyase mucho a la mierda —murmuro, preguntándome ahora si Sandra Lawson es pariente de Lincoln. Ciertamente tienen la misma horrible actitud.

Cuando entra a zancadas en la oficina a las 9:58, mis sospechas se confirman. Parece una versión más suave y femenina de Lincoln. Su hermana.

Me levanto de mi asiento y pinto una brillante sonrisa en mi rostro. —Señora Lawson, ¿puedo...?

—Yo misma me anunciaré. —Me da una breve mirada y una sonrisa tensa para acompañar su tono cortante. *Definitivamente su hermana.* Tienen la misma actitud desdeñosa también.

Me hundo de nuevo en mi silla, el espíritu navideño con el que comencé el día escapándose por mis poros. *No puedo esperar para ver a mi familia esta noche.*

LINCOLN

—Realmente, soy dueña del cuarenta y nueve por ciento de esta empresa —dice Sandra, con los brazos extendidos mientras se inclina sobre mi escritorio como si pudiera intimidarme de alguna manera.

Permanezco sentado, con las manos entrelazadas frente a mí. —Al igual que yo. Y por si lo has olvidado, soy yo quien está haciendo todo el trabajo aquí.

—Me parece que estás fracasando —hace un gesto con la mano en el aire, señalando el desastre de papeles que hemos estado examinando durante las últimas horas.

—A mí me parece que estás aquí señalando con el dedo cuando soy el único que busca soluciones y pone *su* cuello en juego para rescatar esto. ¿Qué aportas tú, Sandra? ¿Estilo? ¿Tus excelentes habilidades para almorzar y comprar?

Se endereza y cruza los brazos sobre el pecho, entrecerrando los ojos. —Yo también fui a la escuela de negocios.

—Entonces ven aquí. Dirige este lugar conmigo. Lucha por la empresa familiar en lugar de venir aquí a quejarte cuando tu cheque no es lo suficientemente grande.

—Si no tienes un plan viable para arreglar esto para mañana por la mañana —dice, clavando su dedo en la última línea del libro de cuentas del banco—, haré que mamá use su dos por ciento para sacarte por completo.

—¿Para que *tú* puedas dirigir las cosas?

Ella se ríe. —No, querido hermano. Para que *Gary* pueda dirigirlas.

—Tu marido no es un Maverick. No pertenece aquí.

—Bueno —suelta un suspiro y sonríe—, yo nací siendo una Maverick, y cuando tenga el control, podré poner a quien quiera detrás de ese escritorio.

—Ni siquiera conoce el negocio.

Se encoge de hombros. —Supongo que aprenderá. Si no, estoy segura de que alguna gran empresa vendrá y nos engullirá —sus ojos se agrandan y hay un destello de emoción que me dice que eso es *exactamente* lo que quiere.

—¿Quieres vender la empresa? —No puedo creer lo que oigo.

—Me gusta ser rica, Lincoln. Y si decir adiós a este fósil editorial es la manera de lograrlo, que así sea. No dejaré que la lleves a la quiebra hasta que apenas valga el papel en el que imprimimos.

—Pero es el nombre de nuestra familia, nuestro *legado*.

Recoge su bolso y se lo cuelga al hombro. —Mañana. Desayuno. Ven con un plan o despídete de este lugar.

Juro que el vapor sale de mis oídos mientras la veo marcharse. —Mierda —gruño, barriendo

con la mano el escritorio y enviándolo todo al suelo con estrépito. Mierda.

EMMA

Oigo el estrépito segundos después de que su hermana sale de su oficina. Ella también lo escucha.

—Tal vez quieras ver cómo está tu jefe —dice con una sonrisa burlona y luego hace un puchero dramático—. Malas noticias.

Mientras la observo salir de la oficina entre carcajadas, me invade una punzada de empatía hacia Lincoln. Claro, es una bestia como jefe. Y sí, me ha robado cualquier tipo de vida social estos últimos cuatro meses. Pero que un miembro de la familia disfrute tanto molestándote en la *Nochebuena* es simplemente cruel.

Mis pies me llevan antes de que mi mente reaccione, y encuentro a Lincoln arrodillado en el suelo, recogiendo papeles.

—Fue una ráfaga de viento —gruñe cuando me arrodillo para ayudarlo.

—Sí. Esa brisa aquí arriba es una pesadilla —digo, ofreciéndole una pequeña sonrisa mientras le entrego los papeles que he recogido.

Un leve tic curva la comisura izquierda de su boca y me sorprendo deseando ver una sonrisa completa. Este es probablemente el momento más agradable que hemos compartido, y se intensifica por la descarga eléctrica que recorre mi brazo cuando nuestros dedos se rozan. *¿Qué fue eso?*

Dejo escapar un jadeo y retiro mi mano bruscamente, haciendo que los papeles caigan al suelo una vez más.

—Lo siento mucho —me apresuro a recogerlos de nuevo, disculpándome profusamente mientras balbuceo como si no conociera las palabras.

—Déjalo —arrebata el papel de mis manos mientras muevo la boca como un pez dorado—. Necesito que canceles el servicio de coche y me consigas un alquiler en su lugar.

Mis ojos se abren de par en par mientras me echo hacia atrás sobre mis talones.

—Pero... es Nochebuena.

Ni siquiera reconoce mi protesta.

—También quiero todas las propuestas sin abrir sobre mi escritorio en la próxima hora. No nos iremos de aquí hasta que encuentre un bestseller.

—Pero... pero es *Nochebuena*.

—Y si sigue ahí sentada mirándome boquiabierta, señorita Rose, será el *día* de Navidad. Póngase en marcha.

Me pongo de pie apresuradamente y salgo corriendo de su oficina antes de romper en llanto. Voy a perderme la cena familiar porque mi jefe es un desagradable adicto al trabajo que solo se preocupa por el dinero. No es de extrañar que su hermana fuera tan cruel. Me arrepiento de haber

sentido siquiera una pizca de empatía hacia ese hombre.

—Realmente eres un Grinch, Lincoln Maverick —murmuro mientras me dirijo a la sala de correo.

LINCOLN

Mientras me lavo las manos bajo el grifo de mi baño ejecutivo, respiro hondo y me miro al espejo. Son las 11 de la noche y tengo un aspecto horrible. Mi cabello castaño oscuro está alborotado porque he pasado horas pasándome los dedos por él, frustrado porque después de horas revisando propuestas, no he encontrado ni una sola trama que me llame la atención. Antes era bueno en esto. Podía detectar un éxito de ventas a kilómetros de distancia, pero con la llegada de la autopublicación, nuestros procesos se han quedado anticuados y estoy luchando por mantenerme al día mientras sigo siendo rentable. Quizás Sandra tenga razón. Tal vez debería ceder y vender a una de las cuatro grandes antes de que perdamos todo nuestro valor.

Dejando escapar un suspiro, me paso los dedos por el pelo otra vez mientras noto que mis ojos verdes están ahora enrojecidos. Una pequeña sonrisa curva mis labios cuando me doy cuenta de que mis ojos ahora tienen los colores de la Navidad. —Ahí lo tienes, señorita Rose. Un poco de espíritu navideño para ti.

Sacudo la cabeza. No se me escapa que soy el Grinch en la historia navideña de esa hermosa mujer. El Ebenezer Scrooge que le está quitando todo el espíritu. Pero si solo supiera cuánto consuelo me da tenerla cerca mientras trabajo, un consuelo que nunca antes había sentido. *Si tan solo pudiera decírselo...*

Soltando un suspiro para calmarme, me seco las manos con una toalla de papel antes de alisar el frente de mi camisa. —Por el lado positivo —le digo a mi reflejo—, si lo arruinas y pierdes la empresa, no habrá nada que te impida reclamar a tu mujer. *Mi pequeña Ciruela de Azúcar.* Sonrío para mis adentros, recordando cómo se metió esa bolita cubierta de coco en la boca en un ataque de rabia. Debería haberle dicho simplemente que soy alérgico al coco, pero no puedo permitirme dejarla entrar ni siquiera un poquito. La forma en que mi cuerpo reaccionó cuando mi mano rozó la suya antes dejó ese hecho abundantemente claro. En el momento en que me permita acercarme a ella, caeré en sus brazos para siempre. Ahora no es el momento. Hay demasiado en juego.

Cuando salgo del baño y vuelvo a mi escritorio, encuentro un sándwich de pavo en el centro con una pequeña nota que simplemente dice, *come* con un dibujo a mano de acebo navideño. Cogiendo la nota, paso el pulgar por las letras pulcramente escritas, redondas y curvas como su autora. Acerco la nota a mi nariz e inhalo, formándose una decisión clara en mi mente. Tengo una hora para encontrar una solución a nuestro problema de flujo de caja. Si no puedo hacerlo, a la medianoche, reclamaré lo que es mío. Emma Rose es lo único en mi lista de Navidad. Voy a desenvolverla como el regalo que es y deleitarme con sus curvas.

EMMA

—¿*Eso* es lo que estás comiendo? —dice mi abuela a través de la videollamada que he configurado para sentirme parte de las festividades de alguna manera. Me perdí la cena, pero al menos puedo verlos decorar el árbol e intercambiar regalos.

Le doy un mordisco a mi sándwich de pavo y mastico sin mucho entusiasmo. —También tengo dulces. —Levanto la barra de chocolate Snickers que le robé del escritorio a Lincoln mientras usaba el baño. Ha estado de un humor de perros toda la tarde. No me deja ir a casa, y tampoco me deja hacer nada para ayudar excepto traerle café e investigar las redes sociales de la gente. Me da miedo decirle que no pude encontrar un coche de alquiler tan cerca de las fiestas, así que creo que simplemente le arrojaré mis llaves del coche y saldré corriendo chillando. Probablemente sea mi mejor opción.

—Esa no es manera de pasar la Nochebuena, mi niña. Tienes veintidós años. Deberías estar con tu familia. Y si no puedes estar con la familia, al menos deberías estar con amigos, no atrapada en un rascacielos con un cuarentón con un viaje de ego. Tengo ganas de ir allí y darle un golpe en la cabeza con un bastón de caramelo gigante.

—¿Un bastón de caramelo? —No puedo evitar reírme—. Me gustaría ver eso.

—Y a mí me gustaría ver a mi nieta antes de que sea demasiado vieja para usar estos aparatitos modernos que siguen inventando.

—Nunca serás demasiado vieja, abuela. Eres la mujer más inteligente que conozco.

—Qué curioso. —Frunce los labios y arquea una ceja—. Yo solía pensar lo mismo de ti. Pero la Emma Rose que yo conozco nunca se dejaría mangonear de esta manera.

—Necesito el dinero. —*Además, no quiero perder esta apuesta...*

—Tonterías. Yo te daré dinero hasta que encuentres un nuevo trabajo si eso te saca de allí antes. Ya casi no te veo y pareces tan delgada.

Me río. —Estoy lejos de ser delgada, abuela.

—A mis ojos lo estás. —Aprieta los labios, sus suaves ojos grises llenos de sinceridad.

—Abuela... —Suspiro, sin saber realmente cómo explicarle lo que realmente me mantiene aquí. Es difícil explicármelo a mí misma.

—Levántate. Vete —dice ella.

Me muerdo el labio, tentada. Pero entonces una voz retumba desde la oficina detrás de mí. —*¡Señorita Rose!*

—Lo siento, abuela. Tengo que irme.

~

Después de preparar otra cafetera, observo las gotas filtrarse mientras chupo el extremo de un bastón de caramelo de menta. *¿Qué estoy haciendo?* La abuela tiene razón, no debería dejar que Lincoln Maverick me mangonee y se apodere de mi vida. Pero al mismo tiempo, tengo este impulso de querer complacerlo. Me ladra y me da órdenes y yo... me excito con ello. Creo que por eso sigo aquí cuando otros han huido gritando. Estoy desesperada por complacerlo. Me gusta imaginar que un día levantará la vista de su trabajo, decidirá que soy todo lo que quiere y me ordenará que cierre la puerta de su oficina y me desnude. Mis bragas se humedecen con solo pensarlo.

Pero es un sueño infantil provocado por leer demasiados libros con héroes pícaros y finales felices. En la vida real, la bestia es el adicto al trabajo de cuarenta años que ni siquiera me mira, y la bella es solo una asistente regordeta soñando con cuentos de hadas irreales. Estoy siendo ingenua.

Mientras la cafetera escupe y borbotea, muerdo el extremo de mi bastón de caramelo y tomo una decisión. Cuando el reloj marque las doce, presentaré mi renuncia. Ganar la apuesta de la oficina, convencer a Lincoln de que soy digna de elogios, ganar suficiente dinero para financiar mis propios sueños (muy secretos) de publicación no vale la pena perderme la Navidad. He terminado.

LINCOLN

Medianoche. Oficialmente es Navidad y todavía no tengo ni puta idea de lo que voy a hacer. Bueno, sé *con quién* lo voy a hacer. Y, honestamente, es la mejor maldita decisión que he tomado en todo el año. Hoy es un nuevo día. Soy un hombre nuevo. Y estoy listo para vivir la vida que quiero y amar a la mujer que deseo.

Estoy a punto de llamarla cuando ella irrumpe por la puerta con la barbilla en alto y los hombros erguidos. Hay indignación en sus ojos y estoy tan ocupado admirando su belleza ardiente que no me doy cuenta de lo que está pasando hasta que golpea un papel sobre el escritorio frente a mí.

—¡Renuncio! —grita. Y estoy tan excitado por su despliegue que agarro su muñeca y emito un gruñido bajo.

—Gracias.

Sus ojos destellan, sus mejillas se sonrojan mientras mira de mi mano a mi cara. —¿Qué?

—Ahora no hay absolutamente nada que me detenga.

—¿Q-qué?

Me pongo de pie, manteniendo el agarre de su muñeca mientras me muevo alrededor de mi escritorio para quedar directamente frente a ella. Es lo más cerca que me he permitido estar, y me doy cuenta de que me elevo sobre ella. En comparación conmigo, es diminuta. Quiero tomarla en mis brazos y no dejarla ir jamás. —Te deseo, Emma. —Tiro de su muñeca para que su cuerpo suave aterrice contra mi pecho duro con un golpe seco. Mi polla responde, creciendo y presionándose contra su vientre mientras ella me mira con ojos grandes pero interesados.

—¿Me d-deseas?

Inhalo su dulce aroma. Rastros de perfume, menta, y por supuesto, ella. —Sí. Te reclamé en mi mente desde el momento en que te vi. Y ahora que esta empresa no se interpone entre nosotros, voy a tomarte.

Ella tiembla en mis brazos, libera un suspiro pequeño pero erótico que hace que mi polla salte de alegría. Luego su lengua serpentea y se lame los labios, y estoy perdido. Soy suyo. Voy a entrar, y nunca voy a salir.

EMMA

Él me mira fijamente y lo único que puedo hacer es devolverle la mirada, desesperada porque haga algo para respaldar sus palabras. Mi centro palpita al ritmo de mi corazón, luego me lamo los labios porque esto es algo con lo que solo había fantaseado. Y de alguna manera, *de alguna manera*, los sueños de esta chica curvilínea están a punto de hacerse realidad. Estoy lista.

Sus ojos siguen mi movimiento con un deseo oscuro, luego gime como si ya no tuviera control antes de que sus labios choquen contra los míos. Todo mi cuerpo se ilumina como un árbol de Navidad, y estoy rodeando con mis brazos ese cuerpo duro suyo y aferrándome con todas mis fuerzas mientras su lengua se desliza contra la mía, exigiéndome que me rinda y lo hago, gimiendo mientras mi cabeza da vueltas y mis pechos se vuelven pesados. Estoy perdida en la sensación de su boca contra la mía. Es mejor de lo que imaginaba... ¡feliz Navidad para mí!

Girándome ligeramente, me empuja contra el borde de su sólido escritorio de roble. —Dime que me perteneces solo a mí —jadea contra mi boca, mordiendo suavemente mi labio inferior mientras me insta a sentarme y luego desliza su mano debajo de mi vestido.

—Estoy a tu entera disposición —susurro, tan excitada que ni siquiera me importa si suena desesperado o triste, porque es verdad. Haré cualquier cosa por este hombre. El hecho de que haya estado corriendo por la ciudad para él durante los últimos cuatro meses es evidencia suficiente de eso.

—¿No hay nadie más? —Sus dedos se abren camino hasta el vértice entre mis muslos.

—Nunca.

Se detiene en el borde de encaje de mis bragas y me mira a los ojos. —¿Nunca?

Niego ligeramente con la cabeza. —¿Acabo de asustarte?

Una sonrisa se dibuja en su rostro, arrugando las comisuras de sus ojos de una manera que hace que mi estómago dé volteretas. —No. Estás a punto de darme tu regalo más preciado.

—Para Navidad, nada menos.

—Sí. Eres mi perfecta ciruela de azúcar. —Suelta una pequeña risa mientras me baja las bragas de un tirón. Caen al suelo y luego está justo de vuelta donde lo quiero—. He imaginado lo cálido y húmedo que sería este dulce coñito tuyo. —Gira su pulgar contra mi clítoris palpitante, y mis ojos se cierran mientras gimo—. Pero nunca imaginé que sería virgen, intacto. —Chupa mi labio inferior entre los suyos mientras desliza sus dedos profundamente dentro de mí, haciéndome gemir aún más fuerte—. Y tan malditamente maduro. —Gime, empujando sus dedos dentro y fuera de mí en un ritmo lento y sensual—. Dime que has querido esto desde que empezaste aquí, Emma. Dime que no estaba solo en la tortura de no poder tocarte.

—No estabas solo. Te deseaba. Te deseaba todos los días.

Gime de placer, besándome y controlándome, poseyendo mi cuerpo de una manera que

nunca creí posible. Mientras sus dedos trabajan en mi interior, su lengua domina mi boca y mi centro se tensa, desesperado por liberarse.

—Ohhhh. Oh, Dios.

—Quiero que te corras para mí, dulzura. Pero aún no. Cuando te corras, será conmigo dentro de ti por primera vez.

Retira su mano y dejo escapar un gemido. Luego empuja todo lo que hay en su escritorio hacia un lado. Mi corazón galopa en mi pecho. *¡Feliz Navidad para mí!*

LINCOLN

Con manos suaves, la llevo a levantarse y la giro para que quede de espaldas a mí. Mis dedos se deslizan sobre sus curvas, encontrando la cremallera de su vestido. Luego la bajo lentamente, revelando su piel blanca como la crema y su sujetador de encaje negro. Paso mis dedos por su columna vertebral, luego abro el broche de su sujetador antes de subir por sus hombros y deslizar la tela hacia abajo por sus brazos, más allá de sus caderas, hasta que queda completamente desnuda frente a mí.

—¿Y si viene alguien? —susurra ella, gimiendo levemente mientras mis manos sostienen el peso de sus pechos generosos.

—El objetivo es que los dos vengamos —bromeo, rodando sus pezones entre mis dedos mientras dejo pequeños besos en la curva de su cuello.

—Lo digo en serio —se ríe, y me recuerda lo joven que es. Lo inocente. Nunca había encontrado a una mujer con la que me sintiera tan completo, y ahora sé por qué. Ella todavía no había madurado por completo.

—Yo también hablo en serio.

Con mi brazo apoyando su cintura, la guío hasta que su pecho se presiona contra el escritorio frío. Ella tiembla por el cambio de temperatura, y entonces me inclino sobre ella, cubriendo su espalda con mi frente. Ella suspira de placer y yo presiono mi erección contra su trasero. —Te quiero toda —digo, apretando sus nalgas con mis manos—. Quiero mostrarte lo que es el placer, enseñarte lo que tu cuerpo puede hacer y sentir. Quiero que te retuerzas debajo de mí, que grites porque se siente demasiado bien.

—Yo quiero eso.

Mi hermoso regalo mueve sus caderas preciosas contra mi polla. Gimo y llevo mi mano hacia abajo, desabrochando mi pantalón para liberar mi verga.

—Voy a entrar sin protección, cariño. Quiero que me sientas en tu vientre mientras te hago mía.

—Sí —empuja su trasero contra mí y casi me corro de la emoción—. Sí.

—Cariño —murmuro, mis labios rozan el lóbulo de su oreja mientras mis dedos encuentran su clítoris—. Lo que me haces. —Froto mi erección contra su trasero, el latido me mata—. Voy a hacer que te corras tan fuerte que nunca podrás mirar a otro hombre.

—No quiero a nadie más. Solo te quiero a ti.

Música para mis oídos.

EMMA

—¡Lincoln! —Estoy a punto de llegar al clímax y no creo poder detenerme. Necesito tenerlo dentro de mí. Necesito que llene ese vacío que suplica por su entrada. Siempre pensé que había algo malo en mí por no estar interesada en hombres de mi edad. Pero entonces vi a Lincoln Maverick y entendí que anhelaba el toque de un hombre mucho mayor que yo, con suficiente experiencia para saber exactamente lo que necesito. Lo necesito a él.

—Está bien, cielo —dice mientras alinea la ancha cabeza de su miembro y se hunde en mí de manera lenta y deliberada—. Respira y relájate. No quiero lastimarte.

—Jodeeer —jadeo, mis entrañas ardiendo y estirándose. Es una mezcla de placer y dolor, y no esperaba que fuera así. Hay una punzada que me hace jadear y Lincoln se detiene mientras presiona suaves besos en mi hombro y susurra que lo estoy haciendo genial. Su elogio significa el mundo para mí, el regalo que había estado anhelando, y de repente estoy lista para más y muevo mis caderas—. Muévete dentro de mí, por favor.

—Si es demasiado, dímelo y me detendré.

—De acuerdo. Estoy lista. Quiero más.

Él libera un largo murmullo mientras empuja más adentro, mis entrañas estirándose, estirándose hasta que está completamente dentro, entonces se detiene y suelta un gemido—. Sabía que encajarías perfectamente —dice, inclinándose sobre mí para encontrar mi boca. Gira mi barbilla y me besa larga y duramente. Mi cabeza da vueltas y mi cuerpo se relaja alrededor de la sensación de él, llenándome como una media rebosante. Entonces empieza a moverse, y creo que podría morir de placer.

—Oh, Dios. Oh, Dios —gimo, cerca de explotar.

—Abre más las piernas, cielo. Déjame entrar profundamente en ti.

Ensancho mi postura sin cuestionar, abriéndome a él, permitiéndole tocarme más profundamente de lo que sabía que podía ser tocada. Se siente maravilloso, y me sorprendo deseando haber entregado mi renuncia antes. Si hubiera sabido que esta sería mi recompensa, habría renunciado el primer día. Su miembro es glorioso.

—Voy a correrme. No puedo parar —exclamo, sin importarme el hecho de que estemos sobre su escritorio y la puerta de la oficina esté abierta. Es la mañana de Navidad, y no hay nadie alrededor. Somos solo nosotros, haciendo ruido sobre la brillante superficie de roble.

—Aguanta, cielo. Aguanta.

Aprieto los dientes y gimo mientras él se echa hacia atrás y embiste profunda y fuertemente, golpeando ese punto del que hablan los libros que hace que mis ojos se pongan en blanco y un largo gemido escape de mi cuerpo. Mi orgasmo se tambalea al borde, burlándose de mí con su poder mientras aguanto todo lo que puedo, deseando desesperadamente terminar juntos. Necesito

que me diga que puedo dejarme ir.

—Córrete, cielo —Su voz sale tensa y ronca mientras aumenta el ritmo. Saber que es mi cuerpo el que le hace eso me empuja al límite.

—¡Lincoln! —En el momento en que grito su nombre, él ahoga mi sonido con un beso. Ola tras ola de placer rueda y tiembla dentro de mi cuerpo, resonando en su boca mientras me besa y me besa, más lento, más suave, hasta que mis jadeos se convierten en respiraciones y nos quedamos quietos.

—Joder —jadea—. Eso fue increíble. Te sientes maravillosa, cielo, y soy el tipo afortunado que puede llamarte mía.

—¿Lo dices en serio? —pregunto, aún tratando de recuperar el aliento.

—Lo digo. Este lugar —Hace una pausa y mira alrededor de su oficina—. Se acabó para mí. Quiero que seas mi futuro.

Una sonrisa se apodera de mis facciones—. ¿Puedo seguir llamándote señor?

Él se ríe y muerde juguetonamente la piel de mi hombro—. Puedes llamarme como quieras.

LINCOLN

Después de asearnos, salimos de la oficina cogidos de la mano con sonrisas en nuestros rostros. Es difícil despedirse de algo que fue una gran parte de mi vida durante tanto tiempo, pero con la mujer de mis sueños a mi lado, no hay nada en este mundo que no pueda enfrentar. Cuando llegamos a la acera, me detengo y echo un último vistazo al edificio que una vez fue mi legado, una despedida final.

—¿Qué quisiste decir antes cuando dijiste que este lugar había terminado para ti? —pregunta Emma, mirándome profundamente a los ojos. Es tan angelical que podría ponerla en la punta de mi árbol de Navidad y no desearía ningún otro adorno. Extiendo la mano y acaricio su mejilla con el dorso de mis dedos.

—Mi hermana quiere tomar el control y vender.

—¿De eso se trataba su visita?

Asiento. —Hemos estado funcionando con las reservas agotadas durante meses. Tengo hasta el desayuno para idear algún plan que genere dinero y nos salve a todos.

—¿Así que de eso se trataba lo de esta noche?

—Es de lo que se ha tratado el último *año*. Pero sí, esta noche era la fecha límite.

—Ojalá me lo hubieras dicho, tal vez podría haber ayudado más.

Mi mano se mueve a su cuello y luego se curva alrededor de la parte posterior de su cabeza. —Sí ayudaste. Tenerte siempre aquí para mí, dispuesta a venir cuando te llamaba. Era todo lo que necesitaba.

—No pensé que me vieras de esa manera.

—Desde el primer momento te vi así. Pero no podía arriesgarme a perder este lugar. En retrospectiva, debería haberte tomado de inmediato. Podríamos haber estado haciendo eso durante meses ya, y aún estaríamos en la posición en la que estamos ahora con la empresa.

Ella se muerde el labio. —Yo también desearía que lo hubieras hecho. Hubo momentos en los que realmente te odiaba por tus ladridos.

—Era frustración sexual y estrés.

Ella se ríe y es música para mis oídos. —Bueno, tienes suerte de que también me excite tu autoritarismo, o no habría aguantado tanto tiempo. Y también tienes suerte de que la Navidad sea mi festividad favorita.

—¿Tengo suerte, eh?

—Sí. Porque me diste un regalo maravilloso esta noche. Me diste felicidad y, a riesgo de sonar loca, también me hiciste sentir muy amada.

—Cirulea de Azúcar, eres tú quien me dio el regalo. Lo menos que puedo hacer es estar loco junto a ti.

—¿En serio? —Una sonrisa curva su boca sexy.

—Sí. Te amo, cirulea.

—Yo también te amo... señor. —Atrayéndola cerca, llevo mis labios a los suyos y la beso con toda la pasión que tengo en mí. Para un hombre que está perdiendo su medio de vida, estoy sorprendentemente optimista. Pero eso es lo que hace el amor. Hace que todo se sienta bien. Emma Rose se siente correcta para mí.

—Vamos a casa —digo, deslizando mi brazo alrededor de su hombro y dirigiéndola hacia mi edificio de apartamentos. Tengo la intención de llevarla a mi ático y encerrarnos a ambos dentro para disfrutar egoístamente de su cuerpo. Nuestras familias pueden tenernos para Navidad el próximo año. Este año, se trata solo de nosotros.

—Romance —suelta Emma después de que hemos dado dos pasos—. Y niños.

—Definitivamente, cirulea. Haré el amor con cada centímetro de tu cuerpo y te daré tantos hijos como quieras.

Ella se ríe. —No. Quiero decir, sí, quiero que hagas todo eso. Pero sé cómo puedes ayudar a la empresa. Es con romance y libros para niños. Maverick Publishing tiene todo su enfoque en la ficción literaria, pero te estás perdiendo dos mercados enormes que están impulsados principalmente por los hábitos de compra de las mujeres. Las mujeres aman el romance y les encanta animar a sus hijos a leer. Digo, abre una división de romance que se centre en libros electrónicos antes que en impresos para que puedas mantener el ritmo del mercado independiente sin arriesgar dinero en tiradas impresas. Y lanza una línea infantil. Asegúrate de proporcionar al mercado lo que quiere y no puedes equivocarte.

—¿Romance y libros para niños?

Ella asiente. —Es un negocio inteligente.

Coloco mis manos a ambos lados de su rostro y la miro profundamente a los ojos. —Eres una mujer increíble, Emma. Por supuesto. Lo que estamos haciendo no funciona. Necesitamos cambiarlo todo. He estado demasiado atrapado en mi propia cabeza obstinada para verlo.

—¿Te gusta mi idea?

—Me encanta. Es exactamente lo que necesitamos. ¿Cómo aprendiste tanto sobre publicación?

—Bueno, trabajo en ello. Y... tengo un deseo secreto de ser escritora de romance.

—¿Lo tienes?

Ella asiente, su mirada cautelosa.

—Entonces serás la primera autora de romance que firmaremos.

—¿En serio? Pero ni siquiera has visto mi trabajo.

—No necesito hacerlo. Te conozco. Confío en ti. Además, como que necesitas un trabajo. Y realmente me gusta trabajar contigo. Todos ganamos.

Ella se ríe. —De acuerdo entonces. Soy toda tuya.

La atraigo para un fuerte abrazo. —Sí, lo eres. Toda mía.

EMMA

En el camino a casa de su madre, alterno entre sentimientos de felicidad, nerviosismo, incredulidad y excitación. Hace solo unas horas, estaba lamiendo su cuchara de café, robando sus barras de chocolate y maldiciendo su nombre por ser el jefe que robó la Navidad. Ahora es el *hombre* que me *dio* el regalo más grande. Amor.

Y me parece una locura que hayamos dado ese giro completo de ciento ochenta grados en tan poco tiempo. Pero siempre estuvo ahí, bullendo bajo la superficie, esperando el momento en que no estuviéramos atados por contratos y deberes familiares. De alguna manera, después de esta Nochebuena llena de estrés, encontramos un día de Navidad lleno de amor y esperanza.

Bueno, estaría lleno de amor si fuéramos a ver a mi familia. Pero vamos a ver a la de Lincoln. Y aunque ya he conocido a su madre antes —y en realidad fue bastante encantadora—, estoy a punto de conocerla por primera vez como la pareja de Lincoln. Y ni hablemos de su hermana, me da un ataque de nervios solo de pensar en ella.

Luego, por supuesto, tengo un momento en el que me excito tanto por el hombre que está a mi lado que me remuevo en mi asiento y deseo algo de fricción para aliviar el suave palpitar que existe entre mis piernas. El sexo con Lincoln fue más maravilloso de lo que esperaba. No tenía nada más que mi propia mano para comparar, pero no puedo imaginar que hubiera sido así con nadie más. Estoy tan contenta de haber esperado por mi único.

—Tengo una confesión que hacer —suelto cuando estamos a mitad del camino. La fuerte mandíbula de Lincoln se tensa mientras aparta los ojos de la carretera por un momento para mirarme.

—¿Una confesión?

Asiento, impresionada por la belleza de su fuerte mandíbula y la forma en que la luz de los coches que pasan juega con sus facciones. Algunos dirían que este hombre es demasiado mayor para una chica de veintidós años, pero creo que es perfecto para mí. Fuerte, maduro, con la cantidad justa de rudeza.

—Estaba enfadada contigo por hacerme trabajar las veinticuatro horas del día, así que solía chupar la cuchara que usaba para remover tu café y también robé las barras de chocolate de tu escondite secreto en la oficina, aunque las reemplacé.

Me muerdo el labio, esperando su reacción y me sorprendo cuando la comisura de su boca se contrae y sonríe.

—Lo sé —dice.

—¿Lo sabías?

—Claro. Te vi preparando café con la cuchara en la boca varias veces, tarareando y moviendo ese sexy trasero tuyo mientras esperabas a que el café se hiciera. Me pareció adorable.

—¿Y no te importaba que mi saliva estuviera en tu bebida?

—No deseaba nada más que meter mi lengua en tu boca y mis dedos en tu coño cada vez que te veía. ¿Crees que me voy a asustar por una cuchara que revuelve mi café después de haber estado en esa boca cálida y húmeda? Para nada. Me ponía jodidamente duro imaginar las otras cosas que esa boca tuya podría chupar.

Mi respiración se acelera y estoy bastante segura de que suelto un gemido. Él se ríe y alcanza mi mano, llevándosela a los labios.

—Y en cuanto a las barras de chocolate —dice, mordisqueando las puntas de mis dedos—. Estaban ahí *para* ti. Soy alérgico a los lácteos, al coco y a los mariscos.

—No hay mariscos en un Snickers.

Se ríe.

—No. Pero había mariscos en la ensalada de cangrejo que te indignaste tanto porque no comí hace un par de semanas. Por cierto, estás preciosa cuando te enfadas. Me gustó especialmente verte comer con rabia esa Ciruela de Azúcar que me diste.

Una risa brota de mi pecho.

—Oh, Dios, me había olvidado de mis pequeños berrinches. ¿Por qué no me dijiste simplemente que tenías alergias?

—No podía. No podía decirte nada o me habrías mostrado comprensión y entonces yo te habría mostrado más de mí y habríamos terminado follando como conejos y dándole a mi hermana exactamente lo que quería.

—La empresa.

—Exacto. Y aunque estos últimos meses han sido una tortura sin poder actuar sobre mis sentimientos, me alegro de que hayamos esperado. La Navidad parece el momento perfecto para que todos reciban los regalos que se merecen.

LINCOLN

—¿Aquí es donde creciste? —pregunta Emma mientras reduzco la velocidad del coche en el camino circular que conduce a la finca de mi madre.

—Crecí en un internado en la ciudad. Pero sí, pasé mi tiempo libre aquí.

—Es hermoso.

—Es solitario —digo, recordando que durante mis días de escuela no deseaba nada más que volver al colegio con amigos y algo de libertad.

—Supongo que el dinero no lo es todo.

—Ya sabes el dicho, no compra la felicidad.

—Eso he oído. —Se ríe—. Pero los pobres tenemos una adición a ese dicho: El dinero no compra la felicidad, pero sin duda ayuda.

Sonrío y tomo su mano, deslizando mis dedos por el interior de su antebrazo mientras la miro en la oscuridad. Es tan hermosa en la tranquilidad de la madrugada, y es toda mía.

—¿Crees que puedes mantener la calma si te llevo arriba y te follo hasta que salga el sol?

Su hermosa boca se entreabre, dejando escapar un suspiro excitado. —Me gustaría prometerlo, pero no estoy segura. Quizás tengas que cubrirme la boca.

Mi polla se endurece. —Con gusto te amordazaré mientras gritas, cariño.

Al salir del coche, no pierdo tiempo en llevarla adentro y a mis habitaciones. Es más bien una suite que un dormitorio individual, así que nos encierro y le quito la ropa mientras la conduzco a mi cama.

—Acuéstate para mí, cariño. Déjame mirarte —digo, instándola a que se coloque en el centro de la gran cama. Parece un ángel sobre una nube, con sus pezones rosados tensos y excitados, su centro brillando de necesidad. Es perfecta.

—Yo también quiero verte —dice, con el pecho agitado mientras se lame los labios y recorre con la mirada mi ancho pecho. Llevo mis dedos al cuello de mi camisa, disfrutando del hambre en su mirada mientras mi piel se va revelando y dejo caer mi camisa al suelo—. Lo sabía —suspira.

—¿Qué sabías? —No puedo evitar sonreír mientras ella se incorpora y extiende una mano para deslizar sus dedos entre las hendiduras de mis músculos.

—Que te veías así bajo ese traje.

—Hmm. —Cierro los ojos por un momento, disfrutando de su tacto—. Yo sabía que serías así de impresionante bajo esos sensuales vestidos que siempre llevabas a la oficina. Tus tetas me han estado atormentando a diario.

Ella se ríe y se reclina para que tenga una mejor vista. —¿Estas tetas?

Extiendo la mano y hago rodar sus pezones entre mis dedos y pulgar. —Sí, exactamente estas

tetas. Ahora son mías —murmuro, inclinándome para besar la curva de su cuello, mi mano amasando su pecho.

—Puedes tenerlas. Puedes tenerme toda —jadea, sus dedos enredándose en mi cabello mientras continúo adorando sus pezones, tomando uno en mi boca y rozándolo con mis dientes. Ella grita, arqueando la espalda mientras mi otra mano agarra su pecho libre y lo aprieta.

—Necesito estar dentro de ti, cariño. Estoy desesperado por que tu dulce coñito me apriete fuerte. —Mis besos se deslizan entre sus pechos y bajan por su estómago, deteniéndome para pasar suavemente mi lengua alrededor del borde de su ombligo. Ella se retuerce debajo de mí, algo que ya reconozco como su necesidad de más. Mi polla palpita en mis pantalones.

—Quiero que estés dentro de mí. Por favor, señor.

—No puedo decirte cuántas veces he soñado con estar dentro de ti mientras me llamabas así, anhelando tus muslos envueltos alrededor de mi cintura. —Arrastro mis dedos por sus piernas, agarrando sus rodillas hasta que he separado sus piernas para exponer completamente su centro —. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, Emma Rose.

EMMA

Sonriendo, me muerdo el labio, derritiéndome con sus palabras. Al principio no lo pensé, pero él también es lo mejor que me ha pasado. Es todo lo que imaginé que sería un hombre cariñoso. Es mi otra mitad.

—Tú también eres lo mejor que me ha pasado.

—Mmm. Ahora voy a probarte, Ciruela de Azúcar. Apuesto a que sabes incluso mejor de lo que te ves —sus ojos se oscurecen de lujuria y hambre mientras mira entre mis muslos, luego deja escapar un gruñido bajo mientras inclina la cabeza y me prueba.

Me invade una sensación y mi boca se abre y mi cuerpo se estremece, el placer ondulando a través de mí mientras su lengua da lentas y tentativas lamidas entre mis pliegues.

—Oh —gimo, temblando de emoción cuando su lengua se mueve y presiona con un toque ligero como una pluma mi clítoris hinchado. Besa, chupa y gira, y yo me retuerzo y gimo e intento con todas mis fuerzas no gritar pidiendo más.

—Me encanta lo receptiva que eres —sus dedos se deslizan dentro de mi cuerpo. Entra y sale. Entra y sale. Moviéndose rítmicamente mientras su lengua provoca, su boca succiona.

—¡Oh Dios! No puedo, no puedo aguantar...

—Córrete para mí, Ciruela de Azúcar. Hay más por venir. Toma todo lo que puedo darte —antes de que termine la frase, mi cuerpo se precipita al orgasmo.

Dejando escapar un profundo rugido, agarra mis muslos y aprieta su boca sobre mi centro, lamiendo y girando y chupando, hundiendo su lengua en mi entrada y arrastrándola de vuelta hacia arriba, succionando con fuerza mi clítoris. Exploto de nuevo. Empiezo a gritar y luego me muerdo el nudillo para intentar parar. Me agito debajo de él, arañando las sábanas, tirando de su pelo, mientras él continúa, sus gemidos vibrando a través de mí mientras ola tras ola de placer se apodera de mí. Es casi demasiado.

Estoy a punto de gritar que vaya más despacio cuando algo dentro de mí cambia, creciendo en algo más grande, más fuerte. Mis brazos se extienden y mis piernas se envuelven alrededor de su cabeza, y no puedo contenerlo, echo la cabeza hacia atrás y grito:

—¡Feliz puta Navidad!

Su mano cubre mi boca y gimo contra su palma, bajando lentamente mientras su firme succión se convierte en una suave lamida, luego un suave beso que viaja por mi cuerpo ahora lánguido mientras yago debajo de él, jadeando en busca de aire.

—¿Feliz puta Navidad? —sonríe mientras se mantiene sobre mí, liberando su mordaza de mi boca.

Sonriendo, asiento.

—Te dije que era mi festividad favorita.

Se ríe y frota sus caderas contra mi muslo. Siento su polla a través de sus pantalones.

—Te necesito. Necesito estar dentro de ti.

—Entonces entra en mí —murmuro contra sus labios cuando acerca su boca a la mía. Me saboreo en su lengua, el sabor carnal haciéndome anhelar aún más su entrada. Deslizo mis manos por su torso hasta la cintura de sus pantalones, buscando los botones.

Gime, presionándose con más fuerza contra mí mientras me besa en la curva del cuello.

—Nunca he amado a una mujer como te amo a ti, Ciruela de Azúcar. ¿Entiendes lo que significas para mí?

—Lo entiendo —jadeo—. Lo entiendo.

—Dime que eres mía.

—Soy tuya. Nací para ser tuya.

—Sí, Ciruela de Azúcar, sí lo eres.

Mientras me besa, mueve sus caderas y me permite abrir su botón y cremallera, luego bajar sus pantalones lo suficiente para liberar su erección y tomarla en mi mano. Gemimos juntos mientras mi mano viaja arriba y abajo por su longitud, apretando su grosor mientras su intensa excitación pulsa contra mi palma.

—Me encanta tu toque, Ciruela de Azúcar, pero necesito más.

—Entonces tómalo. Dámelo.

Trabajando juntos, empujamos sus pantalones y bóxers al suelo y posicionamos su punta en mi entrada. Un ligero gruñido escapa de su garganta mientras inclino mis caderas hacia arriba y luego agarro su trasero, jadeando mientras empuja dentro y su grosor estira mis paredes, su longitud llenando mis profundidades.

—Lincoln —gimo, mis ojos girando hacia atrás por la intensidad de nuestra conexión.

—Te sientes aún mejor que antes —sisea—. Esto puede que no dure mucho.

Envolviendo mis piernas alrededor de su cintura, cruzo mis tobillos detrás de su trasero.

—Tenemos el resto de nuestras vidas para tomarnos nuestro tiempo.

—Mmm, y planeo usar cada momento sabiamente —me mira mientras entra y sale, la emoción que pasa entre nosotros transportándonos a una especie de dimensión llena de deseo que no tiene otro propósito que alimentar este momento. *¿Cómo pude vivir alguna vez sin este hombre?*

Lentamente, la emoción ya no puede contenerse dentro de nuestros cuerpos y estallamos en un largo y lento gemido. Él se derrama dentro de mí y yo me aprieto a su alrededor, tan abrumada por la emoción que no emito ni un solo sonido. El momento es demasiado grande para gritos y gemidos. Nuestros cuerpos tiemblan físicamente por nuestra conexión, y con una sola mirada entre nosotros, sé que ambos entendemos claramente que nuestras vidas han cambiado para siempre. Pertenecemos el uno al otro. En la tenue luz de esta preciosa mañana de Navidad, ambos hemos encontrado nuestro verdadero hogar.

LINCOLN

—Feliz Navidad —juro que estoy flotando cuando entro a la habitación para el desayuno. No he dormido ni un minuto, pero estoy lleno de energía porque la mujer de mis sueños está a mi lado. Honestamente, ni siquiera me importa si mamá y Sandra odian mi propuesta. En mi mente, ya he ganado.

—Feliz Navidad, Lincoln —dice mamá mientras me inclino para darle un beso en la mejilla —. Y Feliz Navidad, eh, ¿Emma, verdad? —Sus ojos me pasan de largo para mirar a Emma, que lleva puesto su vestido rojo de ayer con una de mis camisas blancas atada alrededor.

—Sí, señora —dice ella, haciendo una pequeña reverencia. Hago mi mejor esfuerzo para no reírme de su adorable gesto—. Y Feliz Navidad a usted. Y a usted, señora Lawson —dice dirigiéndose a mi hermana, que tiene su cara de "te estoy juzgando".

—Mmm-hmm —murmura Sandra, mientras mi madre sonríe y nos hace un gesto para que nos sentemos con ella.

—No sabía que era el día de traer a tu asistente al desayuno —me dice Sandra.

—Bueno, querida hermana —empiezo mientras me siento en mi silla—. Tú fuiste la que convirtió esta mañana en un asunto de trabajo. Así que parece justo.

—Y ya no soy su asistente —dice Emma, inclinándose hacia adelante para que pueda ver alrededor de mí.

—¿Entonces qué eres? —pregunta Sandra.

—Oh. —Emma se encoge de hombros mientras extiende la servilleta sobre su regazo—. Soy su amante.

Sandra se atraganta con su desayuno de champán mientras mamá esconde una sonrisa.

—Me han dicho que tienes una propuesta para mí —dice, levantando su taza de té.

—Así es —admito—. Sandra me ha dado un ultimátum. Pero después de que logré que la señorita Rose renunciara por mi tosquedad, conseguimos encontrar un punto en común y elaborar un plan. Bueno, Emma elaboró un plan. Ella es más inteligente que todos nosotros. —Me vuelvo hacia ella y le ofrezco una sonrisa secreta, tomando su mano y presionando un beso en el dorso.

—No es nada revolucionario. Pero se centra en lo que el mercado demanda: romance y enriquecimiento infantil.

EMMA

Durante el desayuno, elaboramos nuestro plan detalladamente, y me asombra lo receptiva que es la madre de Lincoln a tenerme en su casa la mañana de Navidad, diciéndole cómo dirigir el negocio familiar. Pero cuando me lleva aparte más tarde y me explica que tuvo un presentimiento especial sobre mí cuando nos conocimos durante las celebraciones de su cumpleaños, lo entiendo y me invade una sensación cálida y reconfortante.

Sandra encuentra toda la mañana un insulto a sus propios planes egoístas y se va enfadada, lanzándome una última pulla al decirme que no soy más que el juguete de una mente desesperada. Es entonces cuando Lincoln me toma de la mano y me lleva hasta el árbol de Navidad.

—Sé que esta no es la Navidad que habías planeado. Pero me gustaría convertirla en la Navidad más perfecta de tu memoria —dice, arrodillándose lentamente.

—¡Ay, Dios mío! —exclamo, cubriéndome la boca con la mano mientras mis ojos se abren de par en par porque no puedo creer lo que estoy viendo.

—Te quiero en mi vida siempre, Emma Rose. Cada momento de estos últimos meses se ha enriquecido sabiendo que siempre has estado a solo una llamada telefónica o a unos pocos pasos de distancia. Pero quiero que esa distancia sea menor. Te quiero a mi lado como mi compañera de vida, mi amor, mi corazón. ¿Quieres casarte conmigo?

Las lágrimas brotan de mis ojos mientras asiento. —Sí. *Sí.*

—No tengo un anillo —susurra, con un momentáneo destello de timidez en su rostro.

—No me importa —digo, colocando mi mano contra su mejilla con barba incipiente—. Son las palabras las que significan algo.

—¡Claro que sí! —interviene su madre, quitándose el anillo de su propio dedo y agitándolo en el aire—. Usa este. Es una reliquia familiar. Debería ir a tu hermosa futura esposa.

Jadeo mientras Lincoln toma el anillo y lo sostiene sobre mi dedo. —Te amo, Ciruela de Azúcar.

Sonriendo y llorando, asiento mientras desliza el hermoso diamante sobre mi nudillo y se asienta en la base de mi dedo. —Yo también te amo. Te amo tanto.

—¡Feliz Navidad! —Angela Maverick aplaude y sonríe con orgullo mientras las lágrimas llenan sus ojos y nos contempla—. Estoy tan feliz por ustedes dos. Estoy tan feliz por todos nosotros.

—¿Qué pasa con Sandra? —pregunto, odiando que pueda haber una brecha en su familia por mi culpa.

—Oh, ella volverá cuando quiera dinero de nuevo. No te preocupes por ella. —Angela desestima mi preocupación mientras nos abraza a ambos—. Solo disfruten su día. Es el comienzo

de una nueva vida.



—¿DÓNDE diablos estás? —pregunta la abuela cuando la llamo por FaceTime en un momento tranquilo.

—Estoy en la finca familiar del Sr. Maverick —digo, casi chillando mientras levanto mi mano y le muestro el anillo.

Ella jadea y casi deja caer el iPad. —Te dije que lo dejaras, querida, no que te casaras con él. Pero tengo que decir que vi venir esto.

—¿Qué quieres decir con que lo viste venir?

—La forma en que saltabas cada vez que él llamaba... No hay manera de que mi nieta actuara así con un hombre a menos que estuviera completamente enamorada de él.

—Lo estoy, abuela. Lo estoy. Estoy *completa* y *totalmente* enamorada de él.

—Entonces solo tengo una pregunta más para ti.

—¿Cuál es?

—¿Cuándo vendrán para que pueda alimentarlos a ambos?

Me río. —Siempre estás tratando de alimentarme.

—Es mi trabajo. Espero que este hombre tuyo también tenga un gran apetito.

Mis ojos se desvían hacia mi futuro esposo mientras entra en la habitación y se acerca a mí, con clara intención en sus ojos. —Claro que sí, abuela. De hecho, creo que llegaría a decir que es insaciable.

Lincoln sonríe y me levanta en brazos, haciendo que mi teléfono caiga al suelo con estrépito. Lo último que escucho de la abuela es su risa y: —Los veré para la cena entonces. Voy a colgar ahora. No quiero ver ni oír lo que viene a continuación.

EPÍLOGO 1

Lincoln

Seis años después

—¡Santa estuvo aquí! ¡Santa estuvo aquí! —corean los niños mientras irrumpen en nuestra habitación y saltan sobre nuestra cama.

—¿Qué? No puede ser. ¡Ni siquiera es Navidad! —bromeo.

—¡Sí lo es, papi! —grita nuestra hija de tres años, Kayley, con una enorme sonrisa en su rostro mientras salta arriba y abajo, sus rizos oscuros rebotando alrededor de su cabeza como resortes. Es completamente adorable como su madre y sabe que me tiene envuelto alrededor de su pequeño dedo regordete, también como su madre.

—Nooo —la provoco—. La Navidad es dentro de dos semanas. Estás equivocada.

—¡Papi, para! —se ríe Rosie, nuestra hija de cinco años, sin creerse nada—. Ya vimos los regalos alrededor del árbol.

—Tú, mi querida niña, eres demasiado inteligente para mí. Es genética. Eres lista, como tu madre. ¿Sabías que fue el genio de tu madre el que salvó nuestra empresa?

—Sí, papi. Nos lo cuentas todo el tiempo —dice Rosie, pero de todos modos se sube a la cama con nosotros, acomodándose para escuchar la historia de la primera Navidad de su madre y mía, y cómo eso llevó a que mi hermosa Ciruela de Azúcar se convirtiera en una autora best seller del New York Times doce veces en seis años. Esa mujer me asombra. En los seis años que llevamos juntos, ha sido mi roca y mi salvación. Cada día es un regalo. Con Emma a mi lado, cada día se siente como Navidad.

—Me encanta esa historia —dice Kayley con un suspiro—. Eres simplemente la mejor, mami.

Emma se ríe, recostada contra una pila gruesa de almohadas mientras nuestro tercer hijo crece en su vientre.

—¿Saben? Su papi también es mi héroe. No podría haber hecho nada si él no fuera un hombre brillante que sabe exactamente cuándo escuchar y exactamente cuándo ser mandón. Como ahora mismo, cuando necesito que me saque de esta cama para poder hacer pis porque mi barriga es tan grande que apenas puedo moverme.

Las niñas chillan y se ríen mientras me levanto y tomo a mi esposa embarazada en mis brazos para llevarla al baño de la suite.

—Feliz Navidad, cariño —le digo mientras la bajo—. Tengo un regalo especial para ti más

tarde.

Sus ojos se iluminan.

—Espero que sea pene —susurra—. Ya sabes lo caliente que me pongo mientras estoy gestando estos bebés nuestros.

Le doy un beso en la nariz.

—¿Por qué crees que sigo dejándote embarazada?

Con una risa, le doy una palmadita en el trasero antes de salir del baño y volver con nuestras niñas, que están siendo traviesas y saltando en la cama. Se quedan congeladas cuando me ven, y yo finjo que no las vi. Al fin y al cabo, es Navidad.

—Muy bien, niñas, llévenme a esa montaña mágica de regalos.

EPÍLOGO 2

Emma

Prácticamente me balanceo al entrar en la sala de estar donde Lincoln tiene a las niñas sentadas junto al árbol mientras él se pone un gorro de Santa y hurga entre los regalos, fingiendo que ninguno tiene sus nombres. Las niñas se ríen y saltan donde están sentadas, muriendo por arrancar el papel de colores y las cintas para ver qué hay dentro.

—Oh, quizás podamos fingir que los regalos son para las niñas entonces —digo mientras tomo asiento cerca de ellas—. Seguramente Santa no traería los regalos equivocados.

—Tienes razón —dice Lincoln—. No estaba leyendo del lado correcto. Este es para ti, Rosie.

Reparte todo, uno por uno, mientras las niñas rasgan y chillan, pasándolo de maravilla. Me duelen las mejillas de tanto sonreír porque nunca soñé que mi vida pudiera ser así. Cada Navidad, me siento y reflexiono sobre cómo era mi vida antes de entregarme a Lincoln, y me siento tan cálida y amada por este hombre grande y fornido que me daba órdenes y luego hizo realidad todos mis sueños. Muchas parejas se asientan en una rutina y dan por sentado su amor, pero para mí, encuentro que mi amor crece con cada día que pasa. Estoy enamorada de él como hombre, como padre e incluso como mi editor. Me asombra y me atesora, y se esfuerza por asegurarse de que nunca haya una duda en mi mente sobre su amor y devoción hacia mí y nuestra familia. Yo soy suya, y él es mío, y no hay un regalo más grande que ese.

—Feliz Navidad a todos —digo mientras levanto la cámara y tomo una foto.

—Feliz Navidad —responden al unísono, y cruzo miradas con Lincoln, nuestro vínculo haciendo que mi corazón se hinche en mi pecho.

—Es un niño —susurro, colocando mi mano sobre mi vientre.

—Un niño. —La expresión en su rostro lo dice todo—. ¿Vamos a tener un niño?

Las niñas saltan de alegría porque han estado rogando por un hermanito, y Lincoln corre hacia mí, colocando su mano sobre mi vientre.

—Ahora soy un hombre que lo tiene todo. Te amo tanto, Ciruela de Azúcar.

—Te amo. Me has dado todo lo que podría desear y más.

~

PARA DESCUBRIR MÁS lecturas rápidas y picantes de amor instantáneo de Megan Wade. Suscríbete a su boletín: https://www.subscribepage.com/meganwade

Síguela en Facebook: https://www.facebook.com/meganwadeauthor/

Únete a su grupo Sweeties: https://www.facebook.com/groups/959211654464973

Su próxima entrega en la serie Curvas Dulces, Cookie, llegará pronto...

~

COOKIE: un romance BBW

Galletas. Son dulces y desmigajables. En mi pastelería, son una delicia que se derrite en la boca. La gente conduce kilómetros para conseguir una caja de chispas de chocolate fundentes. Cualquier galleta que puedas imaginar, la hacemos.

No servimos sándwiches.

Por alguna razón, el alto y musculoso extraño de fuera de la ciudad no puede entender eso.

Le digo que lo mejor que puedo hacer es un sándwich de galletas. Entonces sonríe y me dice que le gustaría comerse mi galleta. ¿He oído bien?

Sí. Me desea.

Ni siquiera sé su nombre...

Advertencia: esta lectura rápida contiene declaraciones exageradas, amor instantáneo y momentos ardientes entre una chica curvilínea y el nuevo chico malo de la ciudad que podría quedarse más tiempo del que esperaba.

Cada historia de Megan Wade lleva su 'Promesa de Azúcar' de Romance Exagerado, Héroes Alfa, Heroínas Curvilíneas, Poco Drama, Mucho Calor y un Felices para Siempre Garantizado. ¿Qué podría ser mejor que eso?

Fecha de publicación: 31 de diciembre de 2019

OTRAS OBRAS DE MEGAN WADE

Sweet Curves Series

Marshmallow

Pumpkin

Pop

Sugarplum

Cookie

PONTE EN CONTACTO CON MEGAN WADE



Megan Wade es una chica sencilla que cree en el amor a primera vista y en las almas gemelas. Está obsesionada con los finales felices y Hallmark es su marca favorita de todo. Cada historia de Megan Wade lleva su "Promesa de Azúcar" de Romance Exagerado, Héroes Alfa, Heroínas con Curvas, Poco Drama, Mucho Calor y un Final Feliz Garantizado. ¿Qué podría ser mejor que eso?

Correo electrónico: contact@meganwadebooks.com

Boletín: Obtén una copia GRATIS de Rowdy Prince cuando te suscribas y confirmes: https://www.subscribepage.com/meganwade_freebie

Seguir en Amazon: haz clic en "seguir" en Amazon cuando aparezca la ventana de calificación en tu dispositivo para que la aplicación de Kindle te notifique sobre nuevos lanzamientos.

Facebook: https://www.facebook.com/meganwadeauthor/

Grupo de Sweeties: https://www.facebook.com/groups/959211654464973

Instagram: https://www.instagram.com/meganwadewrites/